

LOS VENTRÍLOCUOS

E.R. RAMZI POOR

Los nazis les habían
robado la voz. Pero **NO**
les **SILENCIARÍAN.**

Basada en una increíble historia real de valentía y resistencia.

Bruselas, 1943. Helena, una huérfana de doce años, sobrevive viviendo como un chico y vendiendo periódicos de la cabecera más popular del país, *Le Soir*, ahora convertido en pura propaganda nazi. El mundo de Helena da un vuelco el día que conoce a Marc Aubrion, un periodista resistente que la llevará a una red secreta que publica periódicos clandestinos.

Los nazis dan con la red de Aubrion y les ofrecen una elección imposible: convertir los periódicos de la resistencia en una bomba de propaganda nazi encubierta que conducirá a la opinión pública a ponerse en contra de los aliados, o ser fusilados inmediatamente. Sin ninguna decisión real que tomar, Aubrion tiene una idea brillante: mientras simulan que le siguen la corriente a los nazis publicarán a la vez una edición falsa de *Le Soir* que caricaturiza tanto a Hitler como a todos los nazis. Se reirán directamente a la cara de sus opresores.

Los ventrílocuos se han puesto de acuerdo para morir por una broma y solo tienen dieciocho días para contarla.

Para Sherry Zaks. Te he escrito un libro.



Docteurs terribles dans les membres.

Texte descriptif de l'annonce pour 'Docteurs terribles'.

LE SOIR

60 Cms. N. 100.000. M. 17. HEURES. Paris le 17 Octobre 1943.

Hotel des Ventes Brulleaux 48 CHAUSSEE D'ANTOINE L'ANCIEN 48. BOURSE VENTE PUBLIQUE SPECIALE.

EN PLEINE ACTION



ANNIVERSAIRE

Texte commémoratif pour un anniversaire.

UN DOCUMENT

Texte d'un document officiel ou historique.

NOUS SOMMES EN PREMIERE LIGNE

Texte de première ligne, probablement une déclaration.

La Conférence de Berlin

Texte principal de l'article sur la Conférence de Berlin.

Utrecht et Tlemcen

Texte principal de l'article sur Utrecht et Tlemcen.

RECTIFICATION

Texte de rectification.

NOUVELLES DU PAYS

Texte des nouvelles du pays.

Stratégie Efficace

Texte principal de l'article 'Stratégie Efficace'.

LA SOUS-ENTENDEMENT

Texte principal de l'article 'LA SOUS-ENTENDEMENT'.

UN FAIT 1000

Texte principal de l'article 'UN FAIT 1000'.



Dans herbe sèche

Texte de l'annonce 'Dans herbe sèche'.

«Todo arte es propaganda».

W.E.B. DU BOIS

Los ventrílocuos

El bufón – Marc Aubrion

La contrabandista – Lada Tarcovich

El gastromántico – David Spiegelman

El saboteador – Theo Mullier

El profesor – Martin Victor

La pirómana – Gamin

El dybbuk – August Wolff

La escribiente – Eliza

AYER

La escribiente

Los vecinos de la anciana comentaban que era una mujer peculiar. Caminaba por la ciudad en compañía de la noche y cuando llovía, no abría el paraguas. En las excepcionales ocasiones en las que la puerta de su piso se abría, un simple vistazo al interior dejaba constancia de sus excentricidades: tenía las paredes empapeladas con periódicos de su época, del color del hueso avejentado. Y si aguzaban el oído, los vecinos alcanzaban a oír el murmullo de palabras antiguas.

—Así es cómo supe que era usted —le dijo la chica a la anciana—. No podía ser nadie más.

La chica estaba en el rellano, la anciana con la puerta entreabierta, pero sin invitar a la chica a pasar. Las lecciones de la guerra —puertas cerradas con llave, pestillos de seguridad, miradas de soslayo, el secretismo— se habían convertido en costumbres, y eran tan inamovibles como las huellas dactilares.

—La edad acaba volviendo peculiar a todo el mundo —replicó la anciana.

—Pero los periódicos...

—Hay mucha gente que lee periódicos.

La anciana se inclinó hacia delante, apoyándose en su bastón, y la sonrisa de la joven se transformó en una mue-

ca de decepción. La anciana rara vez se desplazaba sin la ayuda de su bastón, aunque se negaba a llamarlo simplemente «bastón»: la gente utilizaba el bastón cuando la muerte le rondaba, y a pesar de que el mundo había envejecido, ella no estaba dispuesta a envejecer con él. Era muy concretamente un «bastón para caminar». Aubrion le había enseñado a comprender la importancia de las palabras y los nombres. Y por extraño que fuera, la tempestad de emociones que desencadenó los ojos de aquella chica –alegría, curiosidad y creencias inverosímiles– le recordó con tanta claridad a Aubrion, que empezaron a temblarle las piernas.

–Ven conmigo –dijo la anciana, y cerró a sus espaldas la puerta del piso.

La luz que regresó a los ojos de la chica elevó el corazón de la anciana hacia alturas inesperadas, tal vez inexplicables. Bajaron juntas en el ascensor y emergieron hacia la mañana naciente.

Reinaba el silencio, roto tan solo por el sonido de sus pasos y los primeros gritos de la ciudad. Las últimas estrellas de la noche se aferraban con terquedad al cielo. Enghien brillaba con el asfalto oscurecido por la lluvia y los carteles de *ABIERTO* empezaban a desperezarse. Lo de la edad no era tan espantoso como contaban, no demasiado al menos, pero la anciana no soportaba aquella sensación, la de ser una extranjera en su casa, que su país perteneciera a alguien más joven.

–¿Cuál es su nombre –preguntó la chica–, ahora que la guerra ha terminado?

La astucia de la pregunta hizo que la anciana se detuviera un instante a meditar su respuesta; aquella chica sabía algo.

–El nombre que me pusieron mis padres es Helene –respondió finalmente–. ¿Y el tuyo?

–Me llamo Eliza. ¿Adónde vamos, Helene?

–A un edificio con puertas azules. –Eliza asintió, como si lo hubiera entendido. Y tal vez fuera así. Helene la estudió con mirada seria y le preguntó: ¿Cuánto tiempo llevas buscándome?

–Doce años –respondió Eliza.

–¿Y cómo me has encontrado?

–Victor dejó documentos, anotaciones sobre todo lo sucedido. Se los envió a mis padres, que me los entregaron antes de morir.

–¿Martin? –dijo Helene.

–El profesor Victor.

–Ah, sí. Supongo que no debería sorprenderme.

–He estado atando los distintos cabos de la historia, ensamblándola de principio a fin –dijo Eliza, dubitativa, como si no estuviera acostumbrada a expresar aquello en voz alta–. Y, a decir verdad, he llegado mucho más lejos de lo que imaginaba. Al final resulta que, si te empeñas, puedes acabar encontrando cualquier cosa.

–No seré yo quién te diga lo contrario –replicó Helene.

Caminaron en silencio. Helene sonrió al llegar al edificio con puertas azul celeste, satisfecha al comprobar que sus actuales ocupantes las mantenían del mismo color, que en los años cuarenta eran azules y seguían siendo azules ahora: una pequeña muestra de sinceridad en un mundo de medias verdades. Sacó una llave del bolsillo y abrió la puerta. En el tiempo transcurrido desde que Helene se trasladara a Bruselas a finales de los años ochenta, la ciudad había convertido el antiguo laboratorio del fotógrafo en un museo; se habían sustituido las mesas y los productos químicos para el revelado por uniformes, armas relucientes, balas y documentos enmarcados. Cuando Helene era una niña, todos aquellos objetos eran simplemente «cosas». Pero la gente ahora las llamaba «reliquias» y las reunía para organizar exposiciones.

–¿Podemos entrar? –preguntó Eliza. Bajó la voz, como si estuvieran en un cementerio–. Me da la impresión de

que necesitaríamos un permiso.

–Conozco al conservador del museo. No le molestará.

Helene guio a su acompañante hacia la parte posterior del edificio, hasta llegar a una sala –casi un armario, en realidad– con una bombilla que colgaba de un cordón entre dos sillas. Tiró del cordón para encender la luz. Unas sillas flanqueaban una mesa plegable. Eliza frunció el entrecejo ante tanta austeridad.

–No es gran cosa, lo sé –dijo Helene–. Pero ¿cómo quieres que este museo compita con..., la verdad es que no tengo ni idea de qué visitan últimamente los turistas..., con el Museo Magritte, pongamos por caso, o el Museo de Ciencias Naturales? Aquí no tienen dinero.

–No me molesta –dijo Eliza.

–Pues a mí sí me molesta.

La anciana tomó asiento y le pidió a Eliza que siguiera su ejemplo. La chica se instaló en una silla. Helene la observó: era joven, increíblemente joven; a esa edad, todo significaba tanto, y a la vez tan poco. Helene lo recordaba muy bien.

–Antes de empezar a hablar –dijo Helene–, me gustaría saber un poco más de ti. Antes me has preguntado cuál era mi nombre ahora que la guerra ha terminado. Entiendo, pues, que conoces un poco mi historia.

–Así es –dijo Eliza.

–Y has venido a verme porque quieres alguna cosa, ¿correcto? Aunque si no tuvieras ya algo no estarías aquí.

Eliza dejó un cuaderno forrado en piel sobre la mesa, entre las dos. Era un objeto anacrónico, malhumorado, con arrugas y manchas.

–He utilizado las notas del profesor Victor para ensamblar la mayor parte de la historia. Está todo aquí, todo lo que sé, ordenado cronológicamente. Conozco el destino de Tarcovich y de Grandjean, de Mullier y de Victor, de Noël y de Spiegelman..., incluso de August Wolff. Los recuerda, ¿verdad?

Helene unió las manos bajo la mesa para esconder su temblor. Hacía tanto tiempo que no oía pronunciar en voz alta aquellos nombres que había acabado por considerarlos un sueño. Escuchar aquellas palabras salir de los labios de Eliza fue como contemplar una vida distinta a través de una ventana.

–Pero me falta algo –continuó Eliza–. El relato posee un esqueleto, pero no tiene ni carne ni alma. Tiene un contorno, pero carece de colores. La invasión de Bélgica por parte de los nazis no fue como me la enseñaron en la escuela. Nos robaron muchas vidas, evidentemente, pero nos robaron también nuestras palabras y nuestras ideas. *Le Soir* fue una de las primeras bajas. El *Soir Vole*, lo llamaban los belgas, puesto que los alemanes nos robaron el periódico más importante del país y lo convirtieron en un altavoz de propaganda barata. –La amargura del tono de voz de Eliza dejó sorprendida a Helene–. Por eso nació el *Faux Soir*. En 1944, el secretario general del Front de l'Indépendance, uno de los principales grupos de la resistencia durante la guerra...

–Dios mío, pero esto ¿qué es? ¿Una lección de esas tan aburridas? –dijo Helene, interrumpiéndola–. No intentes impresionarme, Eliza. No necesitas nada de todo eso para llamar mi atención.

–Lo siento –dijo Eliza, ruborizándose.

–Continúa.

–De acuerdo. Cuando los aliados liberaron Bruselas, el secretario general del FI temía que la gente olvidara lo que había pasado con el *Faux Soir*. Por eso, en el primer número de *Le Soir* publicado después de la ocupación, escribió una elegía dedicada al *Faux Soir* en la que rindió homenaje a los artistas que trabajaron en él y su obra. Victor conservaba un recorte.

Eliza sacó del cuaderno un trozo de papel amarillento y lo dispuso sobre la mesa, delante de Helene.

La anciana se inclinó hacia delante, demasiado asustada como para atreverse a tocarlo. El recorte de periódico era viejo, como Helene; el mundo lo había vuelto arrugado y frágil. En la parte superior de la página, las palabras «*Le Soir*» seguían en su puesto, soldados que jamás habían vuelto a casa después de la batalla. Helene ya no compraba periódicos, pero de vez en cuando se paraba en un quiosco por el simple placer de tener entre sus manos un ejemplar de *Le Soir*, que seguía siendo uno de los periódicos más populares del país, que seguía respirando. Actualmente, el periódico era a todo color. Con fotografías brillantes. Y ya no lo vendían los chicos, sino vendedores de periódicos procedentes de lugares lejanos, tan diferentes y nuevos como el mismo *Le Soir*. Helene cogía el periódico, se ponía de cara al viento y se regocijaba pensando que a nadie se le ocurriría jamás –que nadie tenía ni la más remota idea– que aquella anciana había jugado un papel determinante en su historia.

Pero aquel periódico, el periódico de Eliza, era *Le Soir* que Helene recordaba. Y anhelaba con todas sus fuerzas tocarlo.

–Léalo –murmuró Eliza.

Helene leyó en voz alta.

–«No olvidemos jamás que, incluso en la batalla, somos hombres, no unos desconocidos para nuestra humanidad. Conservemos la tradición de reír aun a pesar del derramamiento de sangre, no solo del soldado, sino también de Gavroche y Peter Pan. David mató a Goliat con su humilde honda. Y nosotros también derribaremos al gigante con pies de barro».

Eliza mantuvo en todo momento las manos sobre su cuaderno, como si estuviera extrayendo fuerza de sus páginas.

–¿Le dice algo? –preguntó.

–Sí.

Helene acarició el retal de periódico. Cuando huyó de Toulouse, poco después de la ocupación alemana, subió a un tren del ejército para cruzar la frontera con Bélgica. Los hombres la señalaban, flaca y voluminosa a la vez, vestida con todas las prendas que poseía. «¿Qué tal va todo, Gavroche?», le decían. Era menuda para su edad y la suciedad de la cara se había convertido en una parte más de sí misma, una segunda capa de piel. Helene acarició la palabra «Gavroche» y se le cortó la respiración.

–Tengo la historia de David y Goliat. –Eliza dio unos golpecitos a la cubierta del cuaderno–. Pero ahora me gustaría oír la de Gavroche y Peter Pan.

Helene se tapó la cara con las manos. El frío lamentable de aquella estancia le estaba encendiendo los huesos. No recordaba el momento en que se había convertido en una vieja con los huesos doloridos, pero dicho momento debía de haber existido. Lo último que recordaba era estar agachada bajo la cubierta de un quiosco con un fósforo en las manos, dispuesta a luchar, a morir, a vivir: dispuesta a cualquier cosa.

–No esperaba contársela a nadie –dijo Helene, retirándose las manos de la cara–. Cuando todo terminó, lo único que quería era morir en la oscuridad. Tenía la sensación de que eso era justo lo que necesitaba, lo que me merecía. Tú eres joven y estás aquí, con tu cuaderno y tus ideas. No lo entenderías. Quería desaparecer, como la niebla. Pero Aubrion... –Se echó a reír moviendo la cabeza–. Por Dios, nada habría deseado más que todo el mundo lo supiera.

–Sé que todo esto ha sido muy repentino. Si no se encuentra preparada, Helene, no tiene por qué...

La anciana dio un manotazo en la mesa.

–Esto no tiene nada que ver con Helene.

Por un instante, Helene pensó que Eliza se echaría atrás ante aquel estallido de ira. Pero Eliza se limitó a lapear la cabeza y a preguntarle, con educada curiosidad:

—¿Qué quiere decir?

—Nada. —Helene hizo una pausa, extrañamente avergonzada—. Es un cuento tonto.

—He venido a escuchar un cuento tonto.

Helene sonrió.

—¿En serio?

—Es lo que ando buscando.

—En ese caso, escúchame bien. —Helene se recostó en la silla y cerró los ojos—. Tengo la pieza que te falta, Eliza, pero si quieres conseguirla, deberás olvidar el nombre de esta anciana. Esto no es una historia de «adultos», no sé si me explico. No tiene nada que ver con cualquier cosa que puedas haber aprendido en tus viajes. Es una historia sobre los seres que habitan nuestros sueños, el gastromántico y el *dybbuk*, un cuento tonto. Sobre soñadores, sobre niños, y sobre lo que nos sucede en tiempos de guerra.

DOS AÑOS ANTES DEL FAUX SOIR

La pirómana

Lo supe simplemente por su aspecto: no iba a comprar ningún periódico, él no. Era un hombre demasiado bueno, demasiado brillante, para el periódico del obrero. Pero yo llevaba horas sin vender un periódico y tres días sin comer. Estaba tan débil que ni siquiera podía cerrar la mano en un puño. Enloquecida por el hambre, metí la mano en el bolsillo del hombre.

El hombre se giró en redondo y su pelo despeinado se alborotó más si cabe.

–Pero ¿qué demonios...? –Me clavó la mirada. Tenía los ojos muy abiertos y brillantes, como si fuera capaz de desplegar relatos fantásticos dondequiera que mirara—. ¿Estás intentando robarme lo que llevo en el bolsillo?

–No, *monsieur*. –Aunque lo estaba—. Estaba cobrándome el periódico que está usted a punto de comprar.

Le entregué un ejemplar de *Le Soir*.

Se echó a reír, sorprendiéndome. Aquel hombre tenía una risa potente y sana que el callejón parecía incapaz de contener. Con una sonrisa, dejó caer unas cuantas monedas en el quiosco.

–Quédate el dinero –dijo–, y el periódico.

–¡Gracias, *monsieur*! –exclamé, y me rugió el estómago al pensar en manzanas y pasteles.